



PENTECOSTÉS

¿Sabes que los Apóstoles también estuvieron confinados? pero no por un virus, sino por miedo a los judíos, pues igual que mataron a Jesús, podían matarlos a ellos. Y sin embargo ocurrió algo que los hizo salir con valentía hasta dar la vida por Cristo: Pentecostés. “Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplabo fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo”

Dios, siempre que se da, lo hace en Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo juntos son los que se donan. Pero en la creación, aunque se dieron los tres, fue especialmente el Padre con su Sabiduría y su potencia; en la Encarnación -igual- aunque fueron los tres, fue especialmente el Hijo. Pues tenía que llegar el gran día en que se diesen los tres, pero en especial es Espíritu Santo para que así se hayan dado los tres y especialmente cada uno, concluyendo y acabando la gran donación de Dios al mundo.

Además, Pentecostés es el inicio oficial de la Iglesia: es cuando se manifiesta su origen: los Apóstoles reunidos en torno a María, recibiendo a Dios (al Espíritu Santo) y saliendo a predicar y a llevar a Dios a todos los hombres.

¿Y cómo podemos nosotros, al igual que los Apóstoles, recibir el Espíritu Santo? pues es imprescindible la unión con María. Fue ella la que los reunió en oración, les hizo perseverar con fe y le ayudó a aguardar la venida del Espíritu Santo: “Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos”. También nosotros tenemos que orar con Ella, estar muy cerca de Ella para que por medio de Ella, recibamos la donación de Dios.

Eso sí: recibir el Espíritu Santo significa que tenemos que comenzar a vivir según manda el amor de Dios: sin envidias, egoísmos, desobediencias, riñas... sino una vida de alegría, de optimismo, de amor, de oración...

Y lo tenemos que vivir tanto que, como los apóstoles, demos testimonio de Cristo, anunciemos el Evangelio, proclamemos la alegría de ser cristianos: con nuestra vida (nuestro ejemplo, nuestra conducta, nuestro comportamiento de verdaderos hijos de Dios) y con nuestra palabra (dando testimonio valiente y decidido de lo que es ser cristiano).



Para vivir todo esto, os dejamos dos consejos:

- El primero es que la postura de nuestra alma de estos días sea un esperar con ansia y con grandísimas ganas la venida del Espíritu Santo: ¡va a venir y tenemos que recibirle! Así que en nuestra oración tenemos que decirle: ven, Espíritu Santo, lléname... ven a mi alma... ¡ven, que te quiero recibir! María: ayúdame a recibir al Espíritu Santo...
- Y el segundo es que pidamos por todos, para que toda la Iglesia y todo el mundo reciba al Espíritu Santo y se llene del Amor de Dios: pidiendo en especial por los sucesores de los Apóstoles, para que juntos a María, reciban el espíritu santo y se obre en la Iglesia de hoy como un Nuevo Pentecostés, una nueva venida del Espíritu Santo.